

considerar sólo el campo de la Lingüística, dejó nuestro autor de señalar cientos de lenguas importantes (con sus implicaciones étnicas, etc.), aun cuando debió, a lo menos, mencionarlas en forma ligera. Si Winick trató de evitar (y no vemos por qué) el mosaico idiomático del mundo, la mínima providencia aceptable que debió haber tomado es la siguiente: presentar tablas sinópticas, con una breve discusión e indicación de las fuentes, de cada uno de los troncos y familias lingüísticos.

En los artículos que se refieren a las teorías glotológicas modernas y a ciertas técnicas de análisis se haría necesario, también, indicar autores y fuentes, y dar ejemplos. Suman varios cientos las palabras de uso común entre los lingüistas que se han acuñado en los últimos diez años. Anotaremos algunos de los autores más productivos cuyas obras, al ser cuidadosamente examinadas, enriquecerían el *Diccionario*: Swadesh, Nida, Pike, etc., etc.

Y lo que decimos acerca de la Lingüística podemos repetirlo al hablar de la Antropología Física, y en mayor o menor grado al explorar el vocabulario especial de cada una de las otras ramas de la Antropología.

Si el *Diccionario de Antropología* de Winick es para el lego, puede tomarse como un diccionario denso, un tanto disparate; faltaría agregarle algunas definiciones básicas y modificar otras, indicando, siempre, las fuentes. Si el *Diccionario* es para los especialistas puede considerarse, ya lo hemos dicho arriba, como un primer paso, muy loable, en la investigación que habrá de presentar, como resultado, el horizonte léxico del lenguaje antropológico, que tantos secretos y enigmas presenta aun para los propios antropólogos.

CARLO ANTONIO CASTRO

HENRI LEFEBVRE: *Problèmes actuels du marxisme*. Presses Universitaires de France, París, 1958.

LEFEBVRE analiza lo que él llama "crisis del marxismo" en los cinco capítulos que forman este libro. En el primer capítulo, "Quelques Problèmes." trata temas tan importantes como a) Crisis del marxismo y crisis de la filosofía. b) El dogmatismo. c) El marxismo y el Estado y d) Ideología y conocimiento. Afirma en este capítulo que la suya es una "crítica de izquierda" al marxismo oficial. Y es una crítica a éste porque a su parecer el materialismo dialéctico, al oficializarse, "ha aceptado, en nombre del marxismo como política, alienaciones que el marxismo debía rechazar y rechaza como filosofía".

¿Qué ha pasado con el marxismo de Lefebvre? ¿Por qué lo embarga la desilusión? Dice que "deviniendo doctrina oficial, usando y abusando del argumento de autoridad, el marxismo no ha dado lo que se esperaba de él". Pero ante esto, hay que preguntarse ¿qué esperaba Lefebvre del marxismo? Es un hecho que éste, al pasar de ideología del proletariado esclavizado, (en el régimen capitalista) a ideología del proletariado victorioso (en el régimen socialista) sufre cambios, algunos —los más— evidentemente favorables (mayores facilidades de estudio, experimentación, documentación) y otros desfavorables (marxismo vulgar, burocratizado); mas esta transformación, incluso en sus aspectos desfavorables, es previsible desde un punto de vista marxista. Desilusionarse porque la teoría sufra algunas transformaciones negativas al oficializarse, es algo *no marxista* porque el marxismo nunca se ha concebido, en algunos de sus aspectos, como algo acabado, dado en bloque, sin posibilidades de cambio. El marxista *sabe* que no es lo mismo el marxismo del proletariado enajenado que el

del Estado socialista; pero al saber esto, o al preverlo, no tiene por qué desilusionarse si las cosas ocurren como lo sabe o prevé. Y si se desilusiona, como Lefebvre, quiere decir que su marxismo falla en algo: en su concepción del desenvolvimiento del propio marxismo. Desilusionarse del marxismo es el resultado de la actitud, *no marxista*, de concebir de manera paradisiaca la teoría, concebirla al margen de la realidad social. Esto no significa que no sea necesario luchar contra los defectos, desviaciones, dogmatismos del marxismo oficializado. Todo lo contrario, quiere decir que hay que preverlos y pugnar, apenas aparezcan, por destruirlos; pero esto hay que hacerlo, no desde posiciones burguesas (como Lefebvre) sino verdaderamente marxistas. Al que pone el acento en los aspectos negativos que adquiera el marxismo en un Estado socialista, sin destacar los positivos, al que, en vez de hablar, luchar, combatir por la desaparición del dogmatismo marxista que pueda provenir de la oficialización de la teoría y otras desviaciones al que se muestra desilusionado, con un discreto lloriqueo blandengue y diciendo “que el marxismo no ha dado lo que se esperaba de él”, hay que decirle que el marxismo nunca da lo que el revisionista espera de él, lo que Lefebvre soñaba de su marxismo paradisiaco.

Lefebvre piensa que (como Stalin afirma que no hay objetos aislados y que los objetos existen con independencia de los sujetos), el socialista ruso separa los fenómenos-objetos de los fenómenos-sujetos. Lefebvre, que asienta no querer desmentir el materialismo sino profundizarlo, en realidad lo desvirtúa y superficializa. Afir-mar la supremacía ontológica de los objetos sobre los sujetos, como lo hace Stalin, no implica que estos últimos no influyan en los objetos. En nombre de la acción recíproca no se puede olvidar la jerarquía

ontológica de los factores. Lefebvre dice más adelante que cuando Stalin afirma que la conciencia es secundaria (en relación con el objeto) “no analiza la conciencia humana en sí misma para saber si tiene una función concreta de previsión, de prospección, de anticipación, no estudia ni la imaginación, ni la imagen, ni el sueño. No se preocupa de la previsión científica”. Y añade: “Esta teoría del retraso de la conciencia es la clave de la interpretación stalinista del marxismo, su error ‘gnoseológico’ fundamental. Reparemos un momento en esto. ¿El error “gnoseológico” fundamental de Stalin es la teoría de la primacía del objeto sobre el sujeto? Lefebvre, que pretende contraponer a Stalin y Marx y Engels, no ve que en este punto Stalin coincide plenamente con los socialistas alemanes. Stalin —de quien no ignoramos los defectos— no niega el papel creador de la conciencia (la previsión, anticipación, etc), lo único que hace es establecer la primacía, como materialista que es, de la materia sobre el espíritu; la primacía en última instancia, la primacía ontológica. Decir que Stalin negaba “la previsión científica” es una falsedad estúpida. Decir que no estudia “ni la imaginación, ni la imagen, ni el sueño” equivale a pedir algo ajeno a los propósitos del escrito de Stalin a que Lefebvre se refiere; (*Materialismo dialéctico y materialismo histórico*).

El segundo capítulo *Vuelta a la fuente: Marx* analiza brevemente *Las tesis sobre Feuerbach, el método, el papel de la abstracción, la organización interna del marxismo, la formación económico-social, la teoría del Estado, la ideología y el conocimiento*. En este capítulo se muestra ya el propósito fundamental del libro de Lefebvre: combatir lo que él llama despectivamente el “stalinismo”. El autor cree hallar una de las raíces de la interpretación stalinista del proceso histórico en la exage-

ración del papel del *Estado*. En la interpretación stalinista del marxismo, escribe Lefebvre, "el concepto de formación económico-social (considerada como un todo), casi ha desaparecido, en provecho de los conceptos menos ricos y más precisos en apariencia de *base* y *supraestructura*". El autor acusa al stalinismo de sustituir la acción recíproca de esos elementos (o sea la formación económico-social) por una dicotomía mecánica. El stalinismo ha adjudicado, incluso, según Lefebvre, un rol desorbitado a la supraestructura: "En cuanto al papel de las supraestructuras (principalmente el Estado) ha sido ampliado y aparecido como decisivo".

Tras unas breves y superficiales líneas dedicadas a Engels, el autor, en el capítulo siguiente, muestra su personal interpretación de la filosofía leninista. Lefebvre cree que las posiciones filosóficas (materialismo o idealismo) son menos postulados (o sea "afirmaciones a la vez *necesarias* y sin *pruebas*") y que, por ser tal cosa, las filosofías implican tomar partido: "Tomar partido por el materialismo, es tomarlo por el reconocimiento sin reservas de la práctica social". . . "Tomar partido por el idealismo, es destinarse a velar o rechazar esas realidades materiales, es distraerse." Lefebvre pretende que éste es el sentido profundo del leninismo y que los marxistas "dogmáticos" han transformado el postulado leninista en verdad absoluta. Anotaremos, sin embargo, que esta diferencia entre verdad y postulado funda dos filosofías distintas: el racionalismo y el irracionalismo. Si la materia, la realidad objetiva precede *verdaderamente* a la conciencia de ella, el materialismo no es un mero postulado, sino una verdad, una filosofía racionalista. Si la materia precede *postulativamente* a la conciencia de ella, el materialismo no es una *verdad*, sino una mera elección, una filosofía irracionalista. El "irracionalismo" materialista de

Lefebvre, influido poderosamente por el existencialismo, pone en entredicho la gnoseología marxista-leninista (porque en esta tesis postulativa, no se aprende verdaderamente la realidad, sino que se la elige, y con ello, pone una base precaria, subjetiva (la elección postulativa) al materialismo. Lefebvre, pequeño-revisionista y decimos pequeño porque no tiene la altura de los grandes revisionistas) introduce el subjetivismo en la estructura de su filosofía irracional.

En el último capítulo de la obra, trata el autor el tema de *Stalin y la interpretación del marxismo*. Lefebvre afirma aquí que los gérmenes de la interpretación stalinista se hallan en la obra juvenil de Stalin *¿Anarquismo o socialismo?* En este libro cree encontrar Lefebvre dos importantes desviaciones del marxismo: una en relación con la filosofía y otra en conexión con el concepto de Estado.

Las desviaciones filosóficas que Lefebvre cree descubrir en Stalin se refieren, como ya dijimos, a la tesis del retraso genético de la conciencia respecto a la materia. Este pretendido "error gnoseológico" que, según Lefebvre, hace que Stalin considere la conciencia como un mero resultado mecánico carente de la facultad de prever y actuar sobre el mundo, lleva al filósofo francés a preguntar "¿Sabría Stalin que se aproximaba más al sistema hegeliano que al marxismo?" Y a explicar esto diciendo que "para Hegel, la conciencia y el conocimiento siguen a aquello de que son conciencia o conocimiento, así el pájaro de Minerva y de la sabiduría, lo bello, no sale sino al crepúsculo. Marx, en cambio, piensa que la conciencia y el conocimiento buscan soluciones *posibles* a los problemas reales basados en las contradicciones concretas." Esta crítica, pueril y malintencionada, no puede ser tomada en serio. El hecho de hacer hincapié en la pri-

macía del objeto, no implica negar la relativa espontaneidad de la conciencia (y, por tanto, su facultad práctica de prever y operar). Stalin —que en esto es un fiel marxista— no ve en la conciencia un mero resultado. Stalin no es, tampoco, un hegeliano porque, aunque afirma que la conciencia es genéticamente “posterior” a la realidad, no lo hace en el sentido idealista: para Stalin no sale el pájaro de Minerva al crepúsculo de una jornada idealista, sino que la conciencia simple y llanamente es un producto (creador) de la realidad material. La acusación de hegelianismo no la aplica Lefebvre tan sólo a la posición filosófica stalinista, sino que la prolonga asimismo a la concepción política y sociológica de Stalin. Es hegeliano tanto en su concepto del materialismo dialéctico como en el del materialismo histórico. Según Stalin, dice Lefebvre, “Para realizar la necesidad histórica, para resolver sus problemas, hace falta una intervención enteramente exterior a las masas humanas, a su iniciativa espontánea: la del Estado.” Más adelante: “El Estado le parece el principio de organización que mantiene la producción capitalista.” Para Stalin “no es la estructura social la que mantiene al Estado, es al contrario el Estado el que mantiene la estructura económica y social.” Y finalmente: “La esfera del Estado, y Stalin como jefe del Estado, se erige en el criterio de lo real y de la verdad, de una manera análoga a la idea hegeliana.” Vamos a analizar sucintamente estas ideas. Frente al problema del Estado hay tres posiciones ideológicas fundamentales: una, anarquista (contra la que lucha Stalin en su obra juvenil) que ve en el Estado el factor fundamental, aunque *negativo*, de las relaciones sociales; otra, hegeliana, que considera el Estado como el factor *positivo* fundamental de esas relaciones, y

una tercera, marxista, que considera el Estado como la expresión de las clases sociales en el poder, y lo supedita, en fin de cuentas, a lo económico y social. Lefebvre cree que Stalin pertenece a la segunda posición, a la hegeliana; pero esto es totalmente falso. Stalin es un marxista: nunca negó el carácter supraestructural del Estado, siempre lo caracterizó como algo derivado. Mas ¿cómo explicarse, entonces, el culto a la personalidad? ¿Cuáles son sus raíces ideológicas? La historia del marxismo revela, en su posición frente al problema del Estado, tres orientaciones: 1. orientación mecanicista; 2. orientación estatista y 3. orientación dialéctica (verdaderamente marxista). La orientación mecanicista tiende casi a considerar que el Estado es un efecto inerte de lo económico y social. La segunda, también concebida de manera causal, se aproxima a la idea de que el Estado es una causa (negativa en el caso anarquizante —desviación hacia la izquierda— y positiva en el caso estatista-hegeliano —desviación hacia la derecha—) de lo económico-social y la tercera, dialéctica, habla de una acción recíproca entre lo económico-social y el Estado, en la que domina, a la postre, lo económico-social. Este planteamiento dialéctico no es, sin embargo, un esquema abstracto inamovible. Sólo rige para épocas grandes de la historia. En la acción recíproca entre el poder estatal y lo económico-social no siempre existe la misma relación, un predominio igual: a veces, el poder repercute de manera más intensa sobre la base; otras la base establece de manera casi lineal el aparato estatal. Lefebvre, al hablar sin cualificaciones de formaciones económico-sociales, sólo alude, al parecer, a la acción recíproca y olvida, por eso mismo, el juego dialéctico y jerarquizante de la base y la supraestructura. Lefebvre cae en el

revisionismo ante el problema del Estado. En Stalin podemos distinguir *grosso modo* dos épocas en su posición frente al problema del Estado: en una, consciente del momento histórico y siguiendo a Lenin, consideró correctamente el problema del Estado. Stalin vio, en la primera etapa del Estado Soviético, el papel verdaderamente importante de la maquinaria estatal. Como "el camino de la libertad pasa por la dictadura del proletariado" (Garaudy) y como la dictadura es necesaria no sólo para planificar la vida económica sino para combatir a las clases enemigas interiores, contrarrevolucionarias, y al cerco capitalista, Stalin sacó la consecuencia, siguiendo a Lenin, de que tras la revolución proletaria, el Estado juega un papel especialmente importante en la acción recíproca entre el poder estatal y lo económico-social. Mas después, en una segunda época, exageró de tal modo el papel del Estado que cayó en un marxismo con errores estatistas (desviación hacia la derecha). Lefebvre olvida la primera época —tan importante para la consolidación del socialismo— y no caracteriza adecuadamente la segunda. Stalin, en ésta, no era un estatista al estilo hegeliano, sino un marxista con desviaciones estatista hacia la derecha. El culto a la personalidad tiene sus raíces en esta desviación.

Sin tomar en cuenta una serie de críticas superficiales y denuestos irracionales (Stalin, dice Lefebvre, era un "dogmático despiadado y brutal"), el autor combate a Stalin, podemos resumir, afirmando que en su posición frente al materialismo dialéctico cae en el mecanicismo y niega la iniciativa y la previsión científica y que en su posición frente al materialismo histórico cae en la exaltación hegeliana del Estado. Como hemos visto, la primera crítica es falsa y

la segunda sólo es aceptable, de manera parcial, en la segunda etapa de Stalin (en el período del culto a la personalidad). Lefebvre, como buen pequeño-revisionista, ataca de Stalin lo que tiene de marxista, sin tocar, en sus debidos términos, lo verdaderamente criticable.

ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO

SANTIAGO RAMÍREZ: *El mexicano, psicología de sus motivaciones*, Asociación psicoanalítica mexicana, A. C., Editorial Pax-México, 1959.

DESDE QUE VIO la luz pública, hace ya una generación, la obra de Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, se han sucedido muchos y variados estudios sobre la idiosincrasia del mexicano y lo mexicano, enfocados desde el punto de vista filosófico, literario, histórico y psicoanalítico. Citaremos sólo, por vía de ejemplo, los estudios realizados por Paz, Cernuda, Carrión, Zavala y Millán. Sin embargo, pocas han sido las aportaciones verdaderamente científicas que contengan un valor más que transitorio. Santiago Ramírez, conocido psicoanalista mexicano, nos ofrece ahora un pequeño trabajo escrito en estilo ameno de fácil lectura, en el que vuelve a ciertos argumentos viejos y hace algunas novedosas interpretaciones.

En el primer capítulo el autor hace un breve y lúcido resumen de los postulados y la metodología básicos del psicoanálisis, estableciendo el cuadro dentro del cual desarrollará sus tesis sobre el mexicano. En el capítulo siguiente entra ya en materia y comienza con el origen histórico del "mexicano," es decir, con la Conquista. No sólo se trata aquí de la tragedia de una cultura que es